



# Diversos porvenires, diversos *tiempos*

**M**i primera biblioteca contenía todas las historias, pero no guardaba libros. Como la carpa de los circos, se levantaba cada noche de verano en el quicio de alguna de las casas de mi calle. Escuchábamos fascinados historias de ánimas que penaban por el mundo de los vivos mientras conseguían pasaje para el paraíso. Muertos de miedo levantábamos nuestra biblioteca sin anaqueles casi a medianoche, cuando el aire traía desde las eras el olor de la mies trillada durante el día. Afortunadamente la televisión no había invadido todavía los hogares ni las mentes.

Recuerdo con nitidez el primer libro que me regalaron. Era un ejemplar de *Cuentos de hadas de Grimm*, de la editorial Molino. Me pareció pesado, tan descomunal como los gigantes que aparecían en sus ilustraciones. A través de sus páginas me familiaricé con el Sastrecillo valiente y con Pulgarcito.

La biblioteca pública de mi pueblo se inauguró un par de años más tarde. La visita diaria a la pequeña sala de lectura pasó a formar parte de los hábitos de los más jóvenes, que hacíamos cola pacientemente para leer durante un tiempo tasado. Disponíamos de unas decenas, tal vez un par de centenares, de libros infantiles que devorábamos con avidez hasta acabar con todas las existencias. Me vienen a la memoria algunas de las lecturas de esos años: historias de los héroes griegos, cuentos de todas las épocas y países, adaptaciones más o menos afortunadas de obras clásicas, Tintín y Platero. Después llegaron los Cinco y los Siete de la prolífica Blyton; las obras de Verne y de Salgari. Era lo que había. En todo caso los libros de la biblioteca siempre me parecieron mucho más divertidos y alegres que el libro de lectura oficial de la escuela en el que unos hermanos huérfanos buscaban a sus familiares por una deprimente España de posguerra.

Junto con los libros había llegado a la biblioteca un tocadiscos para los cursos de idiomas “sin esfuerzo” de Assimil. Vinieron también en el lote algunos discos de música. Uno de ellos sonaba sin parar, eterna y circularmente como la propia historia,

*Este es el reto de los bibliotecarios: construir puertos seguros donde recalar después de navegar por el proceloso océano de la información.*

como la voz de sus personajes. Era la *Scheherzade* de Rimsky-Korsakov, la princesa que había leído los libros, los anales, las leyendas de los reyes antiguos y las historias de los pueblos pasados. Sus notas transmitían el color caleidoscópico, misterioso y sensual de las historias de *Las mil y una noches*. Tormentas y genios aparecían en la música con más nitidez que en las páginas de las adaptaciones impresas que habíamos leído.

En *El jardín de los senderos que se bifurcan*, Borges se pregunta de qué manera un libro puede ser infinito. “No conjeturé otro procedimiento que el de un volumen cíclico, circular. Un volumen cuya última página fuera idéntica a la primera, con posibilidad de continuar indefinidamente”. Y pone como ejemplo de obra circular *Las mil y una noches*, aunque creo que todas las colecciones de historias populares tienen esta característica: como la obra casi inextricable de Ts’ui Pên contienen todas las alternativas, están abiertas a diversos porvenires, a diversos tiempos, que también proliferan y se bifurcan.

La dificultad es encerrar historias cíclicas y circulares en bibliotecas



Fotografía: Revista Mi Biblioteca.

que no son infinitas, sino que en el mejor de los casos, como la biblioteca de Babel, son ilimitadas y periódicas. Las bibliotecas tienen ante sí una misión casi imposible. Mucho más en la sociedad del conocimiento en la que cada milésima de segundo se entrecruzan cantidades ingentes de palabras, imágenes y sonidos que viajan bit a bit por el espacio globalizado de la red universal. En el contexto de nuevas tecnologías y soportes de información, el libro, con corporeidad material y capacidad para dialogar con sentidos tan relegados como el tacto y el olfato, se presenta como un anacronismo tecnológico que se debate entre los anaqueles de la torre de Hsiang, el guardián de los libros, y las góndolas varadas de los centros comerciales, entre lo sublime y lo banal.

Y sin embargo, los libros, corporales y espirituales, cercanos y lejanos a un tiempo, secretos y visibles como los

astros, son el hilo de Ariadna que nos permite transitar por el laberinto de la interacción electrónica e hipertextual sin extraviarnos en el intento. Tengo el convencimiento de que allí donde un libro abre sus páginas, se abre la posibilidad del conocimiento, la belleza, la esperanza y el diálogo entre los seres humanos.

Este es el reto de los bibliotecarios: construir puertos seguros donde recalar después de navegar por el proceloso océano de la información; crear remansos de conocimiento a pesar del *panta rei* de Heráclito el Oscuro. Será imprescindible ampliar los veintitantos símbolos ortográficos borgianos, para que tengan cabida en la nueva biblioteca de Babel las imágenes y los sonidos que forman parte del mundo multimedia, si queremos que la primera visita a una biblioteca sea un recuerdo amable en la memoria de los que acaban de descubrir el libro y la lectura.

El libro y las bibliotecas son para mí antes una fuente que un medio de vida. Y la lectura, un antídoto contra el ruido de decibelios y fatigas que nos rodea. Con el maestro bonaerense proclamo: "Que otros se jacten de las páginas que han escrito; / a mí me enorgullecen las que he leído".

*\*Alejandro Carrión Gútiérrez es director de la Biblioteca de Castilla y León.*

# medicusmundi

Wael Abuelbar  
voluntario

Paula Minguell  
voluntaria

40 años dando la cara  
cooperando por un mundo sano

*gracias por creer en lo que hacemos*

